

Sobre Fernando Borlán

Carlos Alba

FERNANDO BORLÁN VISTO COMO POETA CLÁSICO, TRASHUMANTE; UNA ESPECIAL RAZA EN PELIGRO DE EXTINCIÓN.

Fernando Borlán, lo confieso, quizá no sea el mejor poeta en lengua castellana. Puede que ni lo sea de la Iberia peninsular, ni de su comarca leonesa, ni entre los godos de Campos. Y, si me apuran, puede que hasta le tiemble la armadura al plantarse ante su propia bodega de adobe ¡ay! tan agrietada, a la lumbre de los cigarrillos, por las sombras cárdenas del atardecer... Fernando, abigotado en la niebla, sin embargo, no deja de ser un poeta que cree con vehemencia en la geometría celeste del cardizal. Sus versos erizan el espíritu y obligan al corazón a trasgredir el ritmo de sus latidos hasta convertirse en aullido nocturno. Pero ¡ojo!: Nada de licantrópía sentimental. El poeta, cuando ulula en las sombras del alma, apenas abandona la consciencia de su epidermis humana. «Ángel fieramente humano», sentenciaba don Blas. «¡Qué triste ser un dios!», lamenta don Fernando.

Nuestra edición de las *Poesías completas* de Fernando Borlán instila en sus orígenes la posibilidad de hallar, más allá de los signos que codifican su expresión, un gen poético que como motivo generador de toda su creación nos permitiera la comprensión de su obra. No se trataba de jugar a detectives o científicos filológicos que pista a pista fueran descubriendo el misterio. (Misterio, que por otra parte, no podía ocultar otra cosa que un cadáver putrefacto y hediondo). Nuestro objetivo aquí, por el contrario, ha sido analizar al poeta y su obra no como rastros o pruebas de un crimen sino como seres vivos ambos que se constituyen en reacción significativa ante la agresión particular de su entorno.

Entender la poesía como reacción implica, por lo tanto, entender el arte como una realidad que aunque posea su constitución en un plano imaginario, su motivación está íntimamente ligada a una necesidad biológica común. (¡Qué difícil y absurdo resulta aquí admitir la separación de las ciencias y las letras!) Si consideramos la poesía como una respuesta más de un cerebro ejecutivo que analiza el problema y decide resolverlo con una reacción poética, tendremos que admitir la necesidad de conocer esos problemas y aceptar que éstos, en nuestro mundo contemporáneo, son esencialmente complejos. No basta ya con entender las figuras utilizadas y explicar todo el universo poético como si de una desviación —ciertamente pervertida— se tratara. Ese universo, efectivamente, tiene sus propias reglas pero su autonomía se basa en la coherencia que le imprime su motivo de reacción y no las subjetivas y variables correspondencias con la realidad conceptual.

He aquí un ejemplo. Borlán coincide en su estrategia creativa de *Cántico Carnal* con la estrategia elegida por el sistema para virar durante la transición desde el franquismo a la democracia: «En el principio, era todo silencio». La ausencia de historia y de memoria trata de borrar en el poema los surcos del tiempo velando sus versos con colores primitivos: «Buscaré una ciudad para quererte / que sea toda blanca.»; «Sin esperanza alguna. / ¡¡Rojo!! / ¡Sólo rojo!». Los ejercicios de fauvismo literario no impiden que el tono grisáceo de esta primera parte difumine los anhelos de esperanza y coloque en su lugar visiones de sombras goyescas, algunas de las cuales, como el hombre sobre el asfalto, nos recuerdan a la televisión en blanco y negro de la década de los sesenta. «La sucia madrugada», escrita ya en los años de la primera legislatura socialista, nos habla directamente de la decepción que le produce al poeta el contacto con esa realidad democrática: «Y la luz se hizo barro / y habitó entre nosotros». La amada se transfigura en sueño, trigo, mosto, viento, lago, cuerpo y tiempo porque al fin y al cabo «amar es corromperse mutuamente». «El fulgor del alba» derrumba las alegorías y crea un universo donde el contacto de los cuerpos es la única verdad existencial, la única vía ascética para llegar a la libertad individual: «Quiero los cuerpos concentrados todos, / amándose, / abrazándose.» El poeta percibe ya con el derrumbe de las alegorías el desplome de las ideolo-

gías que se hará visible para todos tras la caída del muro de Berlín en 1989. Si las ideas son un engaño del pasado, en el presente la auténtica verdad solo puede ser explorada en la experiencia. Y es en la experiencia del propio cuerpo donde esa verdad puede ser revelada en toda su pureza.

En este sentido, Fernando resulta un poeta clásico que lejos de identificarse con el mundo en el que vive decide oponerse a él y elaborar estrategias de reforma que aseguren la pervivencia de los valores contemporáneos. Para ello no necesita jugar a ser poeta, ni acudir a premios, ni alternar cafeína y nicotina en tertulias de paseo. Sus motivos entroncan más bien con la necesidad de asegurar, en su trashumancia por la península, la libertad individual y la felicidad para los que le rodean.

Editar a Fernando Borlán resulta, por lo tanto, un placer cinéptico en el que es posible detectar más allá de los aullidos y la luna llena las aspiraciones reales de un autor y un ser humano que vive en tensión creativa con su sociedad. Quizá no sea el mejor poeta del mundo pero sí es un ejemplar raro de una especie en peligro de extinción. Y aunque solo sea por eso –y por lo que ello contribuye a entendernos a nosotros mismos– ya nos parece oportuna la edición de su poesía ©

